

Pi de la Serra y Ribalta en Madrid

ACRACIA ESLIBERTAD

FRANCESSC Pi de la Serra es un cantante singular: músico tosco, con una idea más bien primitiva del ritmo y de la canción, y sin embargo, un gran cantante. No gesticula, no interpreta sus canciones de un modo espectacular: sentado en una sillita, frente a un considerable tinglado de micrófonos, grita. Y grita muy bien. Tiene una especie de enorme fuerza en su forma de cantar, capaz de arrastrar multitudes y de convencer, por lo menos mientras dura el encanto. El adjetivo "carismático" —tan desprestigiado, tan mal utilizado— le cuadra perfectamente: electriza, somete a una especie de hipnosis colectiva a su público, y es capaz de hacer proferir gritos subversivos a cualquiera.

Llevaba más de seis años sin tocar en Madrid: había tenido problemas, de esos que eufemísticamente se llaman administrativos, y no había teatro alguno que le abriese sus puertas: el año pasado iba a tocar en el Monumental, pero este organismo disimuladamente estatal no le acogió. Luego, para este año, se pensó en el Pabellón de Deportes del Real Madrid, y tampoco fue posible. Por fin, ha sido en el Alcalá Palace; sus dos recitales en esta sala han sido un éxito que puede calificarse de turbador: ha llenado el teatro durante dos días seguidos, y el público madrileño ha sabido responder con entusiasmo al entusiasmo que Pi de la Serra pone en sus gritos: en su última actuación no brillaban sólo las tímidas cerillas, las rituales llamitas que saludan una canción especialmente apreciada; se encendieron bengalas de colores, y hubo quien arrojó claveles rojos al escenario. Se agitaron banderas catalanas, y también flameó la negra bandera

de la Acracia, saludando como se merece a un cantante profundamente libertario. Fue la suya una actuación modélica, que se salvó del repetitivo tedio que suele acompañar últimamente los conciertos de los cantautores, siempre monótonamente iguales a sí mismos y entre sí. Si hay algo que se pueda reprochar a los conciertos y demás actos culturales de matiz izquierdoso, es que se convierten en rituales, en recitados de consignas y gritos de rigor, y que desperdician en un ambiente cerrado una energía revolucionaria mucho más aprovechable de otra forma. Los dos conciertos de Pi de la Serra en Madrid no han sido así: se han salvado de la gatzmoñería ritualista, gracias a la fuerza imaginativa del cantante, y también del público.

Analizar el trabajo y la figura de Pi de la Serra es harto difícil: ha evolucionado, y se mantiene con vida, lo que es difícil para cualquier cantante en circunstancias tan tristes como las que atraviesa este país: corren los cantautores el peligro de perder autenticidad, convertidos en mitos culturales de la izquierda, y de anquilosarse en un no conformismo fácil. Pi de la Serra ha empezado, como casi todos, haciendo una canción de testimonio y denuncia que por el solo hecho de estar expresada en lengua catalana encontraba ya dificultades para su difusión y su aceptación. Pero ha superado su primera etapa, y no se ha dejado atrapar, utilizar como banderín de enganche para ninguna ideología: sus textos no son, ni mucho menos, obras maestras de la



poesía catalana. Tampoco lo pretenden: son canciones simples, a veces basadas en un dicho popular —"Si los hijos de puta volasen nunca veríamos el sol", por ejemplo—, que denuncian situaciones cotidianas intolerables, testimonian angustias y pesadeces de todos los días, y no son en ocasiones más que gritos de protesta viscerales. El panfleto ha sido superado, y se trata de dar fe, con el instrumento de trabajo que se tiene a mano, de que esta vida que vivimos es más bien invivible. Los problemas que nos cuenta Pi de la Serra no son tampoco específicamente catalanes: nos pertenecen a todos. Hay canciones, como "Fotem un clau", que expresan una necesidad de decir "basta", de oponerse a un estado de cosas aberrante.

También ha evolucionado el estilo



Xavier Ribalta.

LA POESÍA CATALANA

HACE más o menos siete años que Xavier Ribalta no actuaba en Madrid. Su presencia aquí era deseada. Aunque no se le puede considerar un cantante popular, mayoritario, Ribalta tiene un público escogido y fiel: su trabajo difiere considerablemente del de la mayoría de sus compañeros catalanes. Hace un tipo de canción que se podría denominar preciosista, donde la música —compuesta por él— está siempre al servicio de los textos de los más importantes poetas de expresión catalana. Puede considerarse como un introductor y propagador de la poesía catalana. Aunque culturista, los textos que escoge no dejan nunca de expre-

sar una problemática actual: los poemas de Espriu, de Joan Salvat-Papasseit, de Joaquim Horta —por los que Ribalta siente especial predilección— se caracterizan por tener, además de un alcance general y humano, una notable carga de crítica de situaciones actuales: son la expresión de un pueblo que ha visto su lengua vetada y su identidad cultural pisoteada.

Xavier Ribalta comenzó su recital del día 1 en el Teatro Barceló, explicando a su público el sentido de su trabajo: recaló que no trata-

ba de hacer aún más difíciles de salvar, las barreras que el idioma pone para la comprensión de los textos catalanes a un público castellano, sino que pretendía precisamente hacer desaparecer esas barreras. Con sobriedad, casi con frialdad, empezó a cantar el poema XLVI de "La Pell de brau", de Espriu, del que antes tradujo el texto en castellano: "Alguna vez es necesario y forzoso que un hombre muera por un pueblo, pero nunca ha de morir un pueblo entero/por un solo hombre". El público respondió con aplausos, e incluso se escuchó algún que otro bravo. El recital continuó su marcha sin excesivos entusiasmos ni arranques pasionales, pero también sin fallos. Durante casi dos horas, Ribalta cantó más de veinte poemas: Espriu, Salvat-Papasseit, Horta, Ausias March, Apeles Mestres, etcétera, fueron invitados de honor a esta velada. Cerró su recital la mar-

musical de Pi de la Serra. Debía —y debe todavía— mucho a la buena influencia de Brassens, pero tampoco se ha detenido ahí: ha utilizado la electricidad, le ha puesto una pastilla a su guitarra, y ha empezado a sacar sonidos sorprendentes. Sigue sin ser buen músico, pero arranca a su instrumento maullidos de protesta y de rabia, que acompañan a una voz vibrante. Se expresa en un catalán cerrado, duro como él mismo; pero traduce, antes de empezar a cantar, cada uno de los textos al castellano. Le queda mucho de influencia de cantantes franceses: Brassens y Leo Ferré ante todo, pero parece ahora inclinarse más hacia el segundo. La electrificación le ha ayudado mucho: le ha añadido no solamente fuerza y garra, sino también una especie de universalidad de lenguaje. Su canción ya no queda constreñida al estrecho ambiente del "folk" catalán, rompe barreras y abre puertas de comunicación. El medio es muchas veces mensaje, como ya sabemos: la electricidad es mensaje, añade significado a lo que se dice con ella.

La "nova cançó" de la que Pi de la Serra fue un iniciador, ya no tiene mucho sentido, porque ha cumplido su objetivo: no se trata ahora de buscar una raíz catalana a la canción, de rehacer una "cultureta" propia; esto ya se ha conseguido. Se trata —y Pi de la Serra lo ha comprendido y lo hace muy bien— de utilizar las posibilidades que brinda la cultura catalana para transmitir un mensaje horro de folklorismos inútiles. El sentido de un mensaje revolucionario es, por definición, internacional, y puede ser comprendido en cualquier idioma. El sentido libertario de los textos y de la música de Pi de la Serra no queda encerrado en los estrechos límites de la Marca Catalana: se extiende. ■

cha "Caminem", de Joan Colomines y Puig. A petición del público, que se había ido caldeando durante la segunda parte, Ribalta cantó la canción "¡No Passaréis!", de Apeles Mestres.

El ambiente en el que se desarrolló el concierto fue muy distinto de lo habitual: Ribalta es un hombre serio, que al principio parecía frío e incluso un poco distante: se acompañaba a la guitarra, contrapunteada eficazmente por un violonchelo. Nada en su actitud, ni en sus gestos, provocaba en el público la reacción casi visceral que, unida a la repetición de consignas de protesta, suelen provocar otros cantantes. No creo tampoco que Ribalta pretenda esto: nos encontramos ante un cantante que es, ante todo, honesto, y que lleva muy en serio su papel de difusor de una expresión cultural que, desgraciadamente, teníamos un poco olvidada. ■ EDUARDO HARO IBARS.